

Nueva Sociedad Separatas

Kelly Hoffman / Miguel Angel Centeno
El continente invertido. Desigualdades en América Latina

Artículo aparecido en Nueva Sociedad 193, septiembre-octubre 2004,
pp. 97-118.

El continente invertido

Desigualdades en América Latina

América Latina es la región que registra las mayores desigualdades en la distribución de recursos. Este documento define un conjunto de elementos que caracterizan a las estructuras sociales de ese continente, sugiere algunas líneas de análisis y respalda la incorporación de los estudios regionales a una discusión más amplia sobre la estratificación. Se propone una revisión de la situación del continente como un todo, incluyendo una breve discusión sobre la relación entre pobreza y desigualdad. Seguidamente, se aborda el tema de las clases y se concluye con la identificación de tres factores críticos para explicar la desigualdad en América Latina: su ubicación dentro del sistema económico mundial, el colonialismo interno con perpetuación de las categorías raciales y el subdesarrollo de las estructuras estatales.

Kelly Hoffman
Miguel Angel Centeno

El estudio de la injusticia está en el centro de la imaginación sociológica. Las interrogaciones clásicas de la disciplina giran alrededor de la distribución del poder y de los recursos: quién obtiene qué, y por qué, siguen siendo las

Kelly Hoffman: profesor del Departamento de Sociología, Universidad de Princeton, New Jersey; @: <khoffman@princeton.edu>.

Miguel Angel Centeno: profesor del Departamento de Sociología, Universidad de Princeton, New Jersey; @: <cenmiga@princeton.edu>.

Palabras clave: desigualdad, clase, estructura social, América Latina.

preguntas fundamentales que debemos formular. Y en ningún lugar las respuestas son más sorprendentes que en América Latina, a la que llamamos «el continente invertido», no solo por su contorno semejante a una pirámide invertida, sino porque la asignación de bienes, servicios y oportunidades básicas se encuentra igualmente desequilibrada.

Una región que supera los 500 millones de habitantes y con más de 20 países de diversas combinaciones raciales e historias económicas, modelos y proyectos divergentes, escapa a las generalizaciones fáciles. Sin embargo, la literatura brinda suficiente evidencia como para hablar de una experiencia común, y estos rasgos compartidos deben ser incluidos en cualquier discusión sobre la estratificación en América Latina.

Tabla 1

El clásico triunvirato de derechos de T.H. Marshall

	Civiles	Políticos	Sociales
Género	Derechos de propiedad restringidos durante el siglo XIX. Protección contra la violencia familiar todavía mínima.	Sufragio universal para 1960.	La feminización de la tendencia de la pobreza no es clara, pero las mujeres aún enfrentan brechas educativas y de ingresos.
Raza	Los países andinos tienen leyes discriminadoras hasta bien entrado el siglo XX. Los pueblos indígenas sufren mayor segregación formal que los negros.	Movimientos indígenas en los Andes en los años 80. Movimientos de derechos civiles de los negros todavía subdesarrollados.	Institucionalización informal de estatus por casta. Pocas políticas de acción afirmativa. Claro efecto negativo en el estatus socioeconómico.
Clase	Derechos de organización del trabajo restringidos, pero establecimiento de sindicatos en el siglo XX.	Respuestas populistas más que de izquierda. Partidos socialistas débiles, excepto en Chile. Sufragio bastante efectivo en el Cono Sur y en los Andes septentrionales; más limitado en otras partes.	En el Cono Sur, cierto éxito en la creación del Estado de Bienestar, debilitado recientemente. Cuba aún es un caso atípico.
Globales	Cierta presión creciente en relación con derechos humanos.	Al menos una semblanza de democracia impuesta.	El neoliberalismo ha aumentado la desigualdad y debilitado el Estado de Bienestar.

Este análisis comienza, sin embargo, con algunas limitaciones explícitas. Una discusión sobre desigualdad puede abarcar muchas posibles divisiones y medidas. La tabla 1 presenta un sumario de la clásica tríada de derechos de Marshall, cruzado con las ahora categorías estándar de género, clase y raza. Le hemos añadido una dimensión global, que creemos particularmente importante para la región. A pesar de que tanto las estructuras políticas como civiles subyacen en la deficiente distribución de derechos sociales, a los cuales hacemos alguna referencia, hemos limitado nuestra discusión a la asignación de recursos. Más aún, para los fines de este estudio hemos seleccionado un número reducido de casos. Comenzamos con una revisión de la situación del continente como un todo, que incluye un breve examen sobre la relación entre pobreza y desigualdad, en el que también se alude a nuestra preocupación respecto a los datos disponibles.

La combinación de pobreza y desigualdad convierte a América Latina en un espacio donde la miseria adquiere una forma particular

¿Cuán desigual es la distribución de recursos?

Partimos de una definición básica de la desigualdad como distribución de recursos en la sociedad (Ramos). Prácticamente en todos los estudios sobre el tema se caracteriza a América Latina como la más desigual de las regiones del mundo (Berry; Cardoso/Helwege; O'Donnell/Tokman; Portes/Hoffman; Rosenthal).

Como se muestra en la tabla 2, el nivel de desigualdad encontrado en el continente desafía toda descripción y comprensión¹. Las comparaciones entre regiones son difíciles, sin duda, pero estas características de distribución no son compartidas por ningún otro conjunto de países definido por cualquier otro criterio de categorización. El 5% superior de la escala de ingresos latinoamericana recibe el doble de la cuota-parte de su similar en los países de la OCDE (Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo), mientras que la porción inferior recibe la mitad de lo que reciben en esos mismos países (Portes/Hoffman).

Los efectos de este sistema de distribución se agravan por el hecho de que, con algunas excepciones significativas, las sociedades latinoamericanas son relati-

1. Algunas organizaciones internacionales han publicado estadísticas confiables sobre desigualdad que son usadas con frecuencia en estudios sobre América Latina: los Indicadores de Desarrollo Mundial del Banco Mundial; de la Cepal, el *Anuario Estadístico para América Latina y el Caribe*, el Panorama Social de América Latina; y los Indicadores de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Tabla 2

Desigualdad comparativa		
	Gini	Relación del consumo del 20% más rico y el 20% más pobre
Bolivia 1999	44,7	12,4
Brasil 1998	60,7	29,7
Chile 1998	56,6	18,6
Colombia 1996	57,1	20,3
Costa Rica 1997	45,9	11,5
Ecuador 1995	47,4	10,5
El Salvador 1998	52,2	17,2
Guatemala 1998	55,8	15,8
Honduras 1998	56,3	27,4
México 1998	53,1	16,5
Nicaragua 1998	60,3	27,9
Panamá 1997	48,5	14,8
Paraguay 1998	57,7	31,8
Perú 1996	46,2	11,7
Uruguay 1989	42,3	8,9
Venezuela 1998	49,5	17,7
África	45	9,7
Asia del Este y Pacífico	38,1	6,5
Asia del Sur	31,9	4,5
América Latina	49,3	11,8
Países industriales	33,8	6,3

vamente pobres². Así, no solamente los más pobres, los más morenos y las mujeres reciben las tajadas más pequeñas, sino que el tamaño de la torta social ni siquiera es grande. El PNUD estima que más de la mitad de la población de algunos países latinoamericanos vive con menos de dos dólares al día. La Cepal calcula que más de 200 millones de latinoamericanos viven en situación de pobreza (O'Donnell/Tokman). Haití sigue siendo el más desaventajado, con un tercio de su población con expectativa de vida inferior a los 40 años (Gafar).

La combinación de pobreza y desigualdad convierte a América Latina en un espacio donde la miseria adquiere una forma particular (ver figura). Los latinoamericanos viven peor de lo que deberían: la correlación entre el PIB y el

2. Las estimaciones de los niveles de pobreza son sumamente discutibles. Por ejemplo, en cinco estudios diferentes sobre la pobreza efectuados en 1994 en México, el nivel de pobreza reportado variaba del 19,7% al 46%. Los cálculos sobre pobreza dependen fuertemente tanto de la definición del término como de las técnicas estadísticas usadas, y todavía no existe un índice de pobreza uniforme que sea ampliamente aceptado (Londoño; Lustig; Mamalakis).

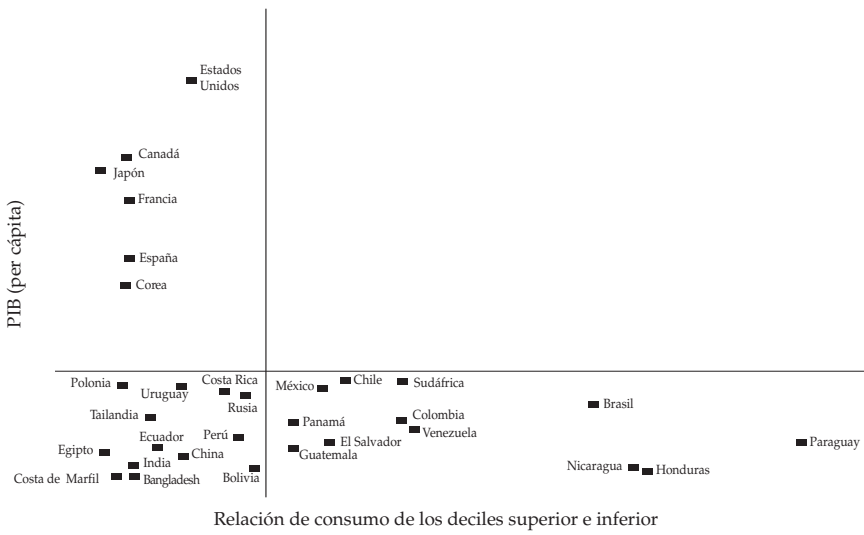
Índice de Desarrollo Humano del PNUD declina cuando se incorpora en la muestra a los países latinoamericanos, lo que indica que los niveles de vida son más bajos de lo que anticipa el ingreso nacional. La evidencia señala asimismo que la miseria que afecta a grandes sectores de la población no proviene solamente de la pobreza, sino que es básicamente una consecuencia de la radicalmente asimétrica distribución (Birdsall/Londoño).

Lo impactante de América Latina es que incluso la distribución de la desigualdad es sesgada: el índice de Gini para el 90% inferior de la población es comparable al de los países del mismo nivel de desarrollo; lo que separa a América Latina es el nivel de concentración en el decil superior (Portes/Hoffman). Los economistas señalan que América Latina tiene un «exceso de desigualdad»: si el nivel de desigualdad fuera el mismo que en los países con tasas comparables de desarrollo, la tasa de pobreza se reduciría a la mitad (Colburn).

El crecimiento disminuye la pobreza, pero nunca al extremo de poder esperar una reducción en los niveles de desigualdad. El crecimiento equitativo nunca ha existido en América Latina (Altimir 1994); sería más fácil reducir sustancialmente los niveles de miseria y de pobreza a través de cambios en la distribu-

Gráfico 1

Riqueza y desigualdad



***Es probable
 que los verdaderos
 niveles de pobreza
 y desigualdad
 a nivel individual
 sean peores de lo que
 señalan las cifras
 de consumo familiar***

ción que a través del crecimiento real (Paes de Barros/Mendonça). Por ejemplo en el caso de Brasil, el milagro de la economía de posguerra hizo poco para «atenuar altas concentraciones de ingresos en manos de la elite» (Wood/Magno de Carvalho, p. 3). En términos de crecimiento económico, América Latina se beneficia muy poco de la desigualdad (Fields). A pesar de la concentración de riqueza en Argentina, por ejemplo, la inversión nacional fue del 8% del PIB durante la mayor parte de los años 80 (Cetrangolo; Richards). Podía parecer que todo el país se ubicaba en el lado equivocado de la curva de Kuznets³.

La distribución desigual no es un tema nuevo, ni un producto de las últimas décadas, aunque hay evidencias que indican que las políticas neoliberales han contribuido al aumento de la desigualdad. Históricamente, Latinoamérica ha tenido tasas elevadas en este rubro, incluso durante el *boom* de la posguerra (Altimir 1997). Entre 1950 y 1970, la industrialización y la urbanización impulsaron la movilidad social ascendente en algunos sectores de la población económicamente activa (Oxhorn); sin embargo, a partir de los años 70, casi todos los países experimentaron un aumento en la concentración del ingreso y la riqueza, con la sola excepción de México y Venezuela durante esa década y de Colombia en los 80 (Altimir 1994; Portes/Hoffman; Psacharopoulos et al.; cons. Fields sobre discrepancias en el aumento de la desigualdad).

Aunque no hay cifras disponibles en torno de la riqueza, hay indicios que sugieren que la concentración sería aún más sesgada si se la tomara en cuenta. En Santiago de Chile la participación en el consumo del quintil inferior disminuyó el 42% entre 1969 y 1988, mientras que la del quintil superior aumentó en un 23% (Berry, p. 16). Rosenthal estima que, durante la primera parte de los años 90, el 25% más pobre de la población perdió más del 10% de su capacidad de consumo, mientras que los más ricos la aumentaron en un 15%. En México, la desigualdad ha aumentado desde que se introdujo el libre mercado: entre 1984 y 1994 el ingreso absoluto del 10% más rico de la población aumentó un 20,8%, mientras que el ingreso del 10% más pobre declinó en 23,2% (Russell). Los coeficientes de Gini aumentaron en prácticamente todos los países de América Latina, según el PNUD.

3. Kuznets (1979) postuló que, a medida que las sociedades se desarrollan, el crecimiento económico conduciría inicialmente a un aumento de la desigualdad en el ingreso, seguido de una disminución de esta desigualdad aparejada al aumento del desarrollo y el crecimiento.



Los efectos de la distribución desigual han sido exacerbados por la crisis económica. Los ingresos per cápita en la región, considerada como un todo, disminuyeron entre el 10% y el 11% durante la década de 1980 (Berry; Psacharopoulos et al.). El colapso alcanzó proporciones bíblicas en algunos países: en Argentina el porcentaje de la población que vive en condiciones de pobreza se triplicó a lo largo de una década y alcanzó el 29% en 1990 (Kaufman). En Lima, el consumo promedio en los hogares disminuyó en un 55% durante la segunda mitad de los años 80 (Glewwe/Hall). Las acciones globales de bienestar social disminuyeron en la región en un 15%. En San Pablo, las favelas albergaban al 1,1% de la población en 1970, mientras que en 1993 esa proporción había ascendido al 19,4% (Caldeira).

Es muy probable que los verdaderos niveles de pobreza y desigualdad a nivel individual sean considerablemente peores de lo que señalan las cifras de consumo familiar, debido a que estos valores no dan cuenta del número de componentes de la unidad familiar integrados a la fuerza de trabajo. Esto lleva a ignorar la creciente tendencia a la «autoexplotación», por la cual cada vez un mayor número de miembros de la familia dedica más horas de trabajo a actividades por lo general no remuneradas monetariamente (Cortés). Figueroa se refiere a una ruptura del «equilibrio distributivo» en América Latina, con la consecuente desintegración de la vida pública. Esto desencadenó una verdadera ola de crímenes en las ciudades latinoamericanas, con una respuesta policial brutal en directa correlación con el nivel de ingresos: la policía de San Pablo mató a 1.475 civiles en 1992, en contraste con los 25 eliminados ese mismo año por la policía de Los Ángeles. La violencia de la vida diaria asume variedades infinitas (Scheper-Hughes); en Buenos Aires, la violencia fue la principal causa de muerte entre la población adulta de los barrios de clase trabajadora y representó el 30% de la mortalidad total (Arrossi).

El grado de desigualdad tiene implicaciones reales sobre la salud y el bienestar en toda América Latina. Los servicios de salud varían considerablemente de un vecindario a otro dentro de la misma ciudad. En Buenos Aires, por ejemplo, el porcentaje de población sin asistencia médica varía de 19,5% en los barrios ricos, hasta más del 40% en muchos vecindarios pobres. El porcentaje de viviendas sin sanitarios (inodoros con agua corriente) oscila de menos del 2% a casi el 17%. La tasa de mortalidad infantil en algunos barrios pobres es dos veces mayor que la de las áreas más ricas (Arrossi). En Ciudad de México, la mayor parte de los asentamientos irregulares que albergan a la población de más bajos ingresos no tiene acceso a los servicios de salud pública. Esto hace que, en muchos casos, los pobres tengan que pagar para recibir atención médica privada. En

contraste, los vecindarios más ricos están eficazmente cubiertos por los servicios estatales de salud (Ward). En Monterrey, México, más del 90% de las casas de los barrios más ricos disponen de servicio de agua potable y alcantarillado, mientras que en los vecindarios más pobres sólo el 49% de las viviendas tiene agua potable, y únicamente el 35,3% alcantarillas.

Las cifras sobre la segunda mitad de los años 90 son escasas y difíciles de analizar. Los estudios más optimistas muestran que el *boom* del inicio de los 90 redujo los niveles de pobreza en algunos países, pero también produjo mayor desigualdad (Korzewicz/Smith 2000; Sheahan). Por ejemplo, en Chile los niveles de pobreza experimentaron un descenso importante poco después de la democratización (de 44% en 1988 a poco más del 20% una década más tarde) aunque, en los hechos, los niveles de desigualdad aumentaron durante ese mismo periodo (Vergara). Argentina y Venezuela, por otro lado, sufrieron recientemente una disminución catastrófica de los niveles de empleo y un aumento de la pobreza, mientras siguen apabulladas por la desigual distribución del ingreso, que se ha intensificado durante la última década. En Buenos Aires, durante los 20 años anteriores a 1995 la participación en el consumo del 30% más pobre de la población descendió en un 36%, en tanto que la del decil superior de la población aumentó en un 44% (Auyero). En esta misma ciudad los salarios disminuyeron en un 40% y las tasas de pobreza aumentaron en dos tercios durante los años 90 (Kessler). Sin embargo, las transformaciones más dramáticas probablemente hayan ocurrido en Cuba, donde el retorno del capital extranjero y la privatización de algunos sectores de la economía han dado origen a una especie de «apartheid del dólar» (Centeno/Font; Tejada).

A lo largo de toda América Latina también podemos hablar de bolsones de miseria que parecen resistir todos los esfuerzos orientados a erradicarlos

Hay una tendencia clara y prácticamente general en toda América Latina: la erosión de las clases medias (Cetrangolo; Grün; Kessler; Minujin; O'Dougherty). Durante la década de los 80, el segundo y tercer cuartil de la población experimentaron dramáticas pérdidas que llegaron hasta el 30% de sus ingresos en algunos casos (Minujin). Argentina representa un caso extremo en lo que podría llamarse el surgimiento de los nuevos pobres. En 1970 sólo el 3% de los residentes de Buenos Aires eran pobres, pero en 1990 ese número había aumentado a casi el 20%. Ese proceso se ha acelerado en los últimos cinco años, y en la actualidad diversas fuentes indican que la mitad de la población del Gran Buenos Aires podría ser considerada pobre.

En muchos países la respuesta a todo esto ha sido el «fracasismo», que combina el sentimiento de desesperación con un regreso a las críticas culturales que atribuyen a América Latina una innata vocación de fracaso (Minujin). Un número cada vez mayor de profesionales dominados por la desconfianza en sus gobiernos y en sus posibilidades de acción se ha unido a sus paisanos pobres frente a las embajadas buscando visas que les permitan emigrar hacia el Norte. Aquellos que se quedan buscan refugio en enclaves donde no necesitan interactuar con la miseria que los rodea, y donde la «estética de la seguridad» es publicitada como un «modo de vida» (Caldeira).

¿Qué justifica esos niveles de desigualdad?

La tenencia de la tierra sigue parámetros todavía medievales en el continente latinoamericano. Prácticamente en todos los países de la región, la elite agrícola ha mantenido una cuota elevada de poder político y social (Cortés Conde) y la noción de colonialismo interno es todavía relevante (González Casanova; Paige). Hasta bien avanzada la década de los 80, el 80% de las tierras en Brasil estaba ocupado por propiedades de 100 hectáreas o más, mientras que las de menos de 10 ha. ocupaban el 2,5% de la tierra (Reynolds). Menos del 1% de las propiedades agrícolas alcanzaba más de 1.000 ha., aunque cubría el 43% de la tierra (Wood/Magno de Carvalho). En Guatemala, el 85% de las familias del área rural necesitaba tierras, mientras que el número de unidades familiares sin ningún acceso a la tierra era de 185.000; de otro lado, el 2,3% de las haciendas cubría dos tercios del territorio cultivable (Barillas et al.). México constituye una posible excepción a esta tendencia por la redistribución formal de las tierras pertenecientes a las elites agrarias que se efectuó durante el siglo xx, sin que ello haya implicado un descenso en los niveles generales de desigualdad.

Durante la década de los 70 los pobres estaban concentrados en las áreas rurales. Los datos sobre Brasil muestran que los peores niveles de desigualdad y condiciones de vida se encuentran en las áreas dominadas por la producción agrícola (Leme/Biderman). Durante los años 80, en algunos países latinoamericanos el 80% de los pobres vivía en el campo (Selowsky)⁴, en tanto que la disminución de los niveles de miseria puede haberse debido a la masiva migración hacia las ciudades que se ha registrado durante los últimos 40 años. Las

4. La ruralización de la pobreza puede ser mejor apreciada si se considera que, durante muchos años, las capitales de los países latinoamericanos podían equipararse a las de sus similares europeas, mientras la miseria permanecía oculta en el campo. Los países latinoamericanos han sido siempre una «paradójica mezcla de esplendor y decadencia» (Mollenkopf/Castells 1991, p. 8).

tasas de pobreza rural disminuyeron un 14% entre 1970 y 1990, mientras que las de las ciudades aumentaron en un 30% (Rosenthal).

A lo largo de toda América Latina también podemos hablar de bolsones de miseria que parecen resistir todos los esfuerzos orientados a erradicarlos. Quizás el más tristemente célebre se encuentra en Brasil, donde en los 80 se registraba una brecha de 25 años entre las expectativas de vida de los pobres del Nordeste y los ricos del Sur (Wood/Magno de Carvalho, Scheper-Hughes). La zona cordillerana del continente, desde los Andes hasta México, alberga a un campesinado que subsiste con sólo una fracción de lo que corresponde a sus paisanos de las ciudades (Dollfus).

La característica más distintiva de América Latina es la concentración de recursos en la relativamente pequeña cúspide de la pirámide

Las oportunidades de trabajo son más escasas en todo el continente desde 1980 (Franco/Di Filippo; Morley; Rosenthal; Sheahan). Sólo en Buenos Aires, por ejemplo, se perdieron 200.000 empleos durante los primeros cuatro años de la década de los 90 (Altimir 1997; Auyero) y, en la actualidad, por lo menos un tercio de la población argentina podría estar afectado por el subempleo. Los salarios en América Latina siguen siendo bajos respecto a los de los países desarrollados y representan el 30% de los costos de producción, en contraste con el 50% de los países de la OCDE (Reynolds). Todas las fuentes coinciden en reportar un descenso en los niveles salariales (Rosenthal). Por ejemplo, los ingresos promedio de la población trabajadora cayeron en un 40% en Venezuela, 30% en Buenos Aires y 21% en Brasil (Minujin). En Argentina, el salario mínimo se había reducido en 1990 a un 40% de lo que fue en 1980, y en Perú se había reducido al 23%. En el sector industrial, el valor de los salarios era de 78,7% y de 36,2%, respectivamente, lo que condujo a una «pauperización de la fuerza de trabajo» en estos dos países (Figueroa).

Entre las variables de nivel individual, la educación siempre ha sido un factor importante para determinar el ingreso, y durante la última década lo ha sido aún más (Altimir 1997; Berry; Robinson). La distribución de la educación es casi tan sesgada como la del ingreso. Por ejemplo, si comparamos Brasil con Estados Unidos hay evidencias de mayor variación en los niveles de escolaridad y más aún en los rendimientos económicos de la educación (Lam/Levison). En 1980, el 27% de los brasileños de más de 35 años no había recibido educación formal, y un 50% adicional tenía únicamente hasta cuatro años de escolaridad. No resulta entonces sorprendente que los niveles de ingreso de los anal-

fabetos fueran del orden del 6,5% respecto a los salarios de los profesionales universitarios (Reynolds). En 1990, el 13% de los mexicanos no tenía instrucción formal, y el 57,3% tenía seis años de escolaridad o menos. Los estados rurales de Zacatecas, Chiapas y Oaxaca tenían los menores años promedio de escolaridad: casi 3,5 años menos que Ciudad de México (Bracho). La brecha de escolaridad entre los habitantes del campo y la ciudad, en toda América Latina, es de 25,4% entre los hombres, y de 27,5% entre las mujeres (Stromquist). Las familias ricas pueden pagar los costos de las escuelas privadas para sus hijos, mientras que los hijos de las familias de trabajadores asisten a escuelas públicas mal organizadas, reproduciendo generacionalmente las diferencias de clase (DeSilva).

No hay duda que, durante las dos últimas décadas, se ha hecho más perceptible lo que un analista ha llamado el «sesgo regresivo» en la elaboración de políticas (Korzeniewicz/Smith 1996; Rosenthal). Sumadas al resquebrajamiento financiero que se inició con la crisis de la deuda externa de 1982, las presiones terminaron por eliminar al Estado como un nivelador de última instancia. Aún se oye el intenso debate sobre el rol de las políticas neoliberales en el desarrollo de la inequidad en América Latina (Berry; Birdsall/Graham; Izurieta/Vos; Korzeniewicz/Smith 2000; Lustig; Morley; Trejos). Prácticamente no se cuestiona que la debilidad estatal condujo no sólo a la falta de abastecimiento de bienes de primera necesidad, sino que también acentuó el sesgo en la carga impositiva. Aquellos que ganan menos de un salario mínimo reducen en un 37% sus salarios por el pago de impuestos, en tanto que aquellos que ganan 100 veces el salario mínimo contribuyen con menos del 13% (Reynolds). Lamentablemente, los países que pasan por los mayores desafíos sociales son aquellos que destinan un mínimo a los servicios (Altimir 1997). En gran medida, la disminución de la calidad de vida de las clases medias también puede ser explicada por la retirada del Estado de ciertas áreas, y la consecuente disminución de empleo y salario (Berry). En Argentina, los salarios del sector público eran, en 1991, dos tercios de lo que habían sido en 1980, mientras que los maestros ganaban la mitad del sueldo que habían recibido 10 años antes (Cetrangolo). En muchos países de América Latina, replegar al Estado cuando todavía no había cumplido su misión principal resultó desastroso.

El surgimiento de las políticas neoliberales estuvo fuertemente vinculado a una mayor integración de América Latina en la economía mundial (Goldfrank). Existe una larga (y, hoy en día, muy desacreditada) tradición de atribuir los problemas internos del continente a la posición que ocupa en el contexto internacional (Cardoso/Faletto; Gereffi/Fonda); sin embargo es evidente que, en

algunos aspectos, el rol mundial de América Latina contribuyó a acentuar la crisis de la distribución. A partir de 1982, la necesidad de negociar la deuda externa, por ejemplo, puede haber llevado a muchos países a demostrar su rigurosidad adoptando políticas regresivas (Pastor Jr./Dymiski). En todo caso, los flujos negativos de capital registrados durante la mayor parte de los años 80 efectivamente debilitaron la habilidad de los gobiernos para mejorar la distribución o atenuar la pobreza (Kaminsky/Pereira). La pesca de inversionistas también modificó el balance de poder entre fuerza de trabajo y capital a favor de este último (Foweraker). La necesidad de proteger la economía de la fuga de capitales y del retiro de inversiones ha limitado la escala y el campo de acción de los Estados. En teoría, la integración comercial debió haber promovido la reducción de la brecha entre los salarios de la mano de obra calificada y la no calificada, como ocurrió en el Asia oriental, pero en América Latina no sucedió lo mismo.

Finalmente, y en el ámbito de las conjeturas, la victoria de EEUU sobre las revoluciones sociales de América Central, combinada con el temor al retorno de los generales, marcó límites que ni el más progresista de los jefes de Estado se animó a cruzar. Aunque, por otro lado, hay evidencia clara de que las presiones globales han apoyado el desarrollo de los derechos de las mujeres y las minorías en la región (Keck/Sikkink).

Pensamos que ningún modelo específico puede abarcar todos los patrones de desigualdad que se encuentran en América Latina, pero el análisis de clase parece proporcionar la representación más precisa de la situación y la más adecuada para explicaciones causales. Siguiendo la propuesta de Portes y una reciente actualización (Portes/Hoffman), la estructura de clases de América Latina consta de los siguientes niveles:

- Una «clase dominante» que comprende del 5% al 13% de la población urbana, dependiendo del país. Concentrada en la capital, incluye a los profesionales, pequeños industriales, burócratas de alto nivel y a un número reducido de quienes ocupan las posiciones de mando.
- La «pequeña burguesía» de comerciantes y empresarios, que constituyen del 7% al 11% de la población urbana. Es el sector que probablemente haya sido más afectado por la globalización de muchas ciudades.
- El «proletariado formal», que constituye del 35% al 40% de la población urbana e incluye tanto a quienes trabajan en grandes fábricas como a quienes lo hacen en los niveles bajos del servicio público.

– El «sector informal», que comprende del 40% al 50% de la población y está compuesto por propietarios de pequeñas empresas informales, trabajadores de esas empresas y la masa de vendedores callejeros y proveedores de servicios, sin seguridad ni protección.

Para completar estas categorías necesitamos añadir a 10% a 40% de la población que vive en las áreas rurales. McVay y Vogt subdividen la estructura de la clase rural en tres grupos: el de los aristócratas, que incluye a la antigua aristocracia de la tierra, las elites políticas y los ricos; el de los empresarios, una clase media compuesta por profesionales y comerciantes; y el de los pobres, quienes por lo general trabajan como mano de obra o personal de servicio de las dos clases superiores. En el estudio, el sector de los pobres incluye tanto a quienes son empleados en la economía informal como a un sector marginado, el de los más pobres de origen indígena.

Como se destacó antes, la característica más distintiva de América Latina es la concentración de recursos en la relativamente pequeña cúspide de la pirámide. Casi siempre se asume que, por lo general, el decil superior representa algo así como la mitad del ingreso nacional, y que el 1% superior acumula casi el total de las riquezas. Esta situación se encuentra exacerbada por la existencia del sector informal, que detenta casi todo el crecimiento del empleo (Franco/Di Filippo). La concentración del poder en el primer sector, y la heterogeneidad del segundo han determinado que sea prácticamente imposible organizar un proyecto político colectivo y coherente, ya que por lo general deriva en ilusorias proclamas populistas que no consiguen más que reproducir las mismas estructuras de clases (Chalmers et al.; Oxhorn).

Precisamente por estas características es que creemos que el lenguaje del análisis de clase, aún siendo útil, no resulta del todo adecuado para América Latina. Las dimensiones de las brechas que separan a los diferentes sectores de la población, la ausencia de proyectos de largo plazo para superar las injusticias, y la estabilidad de una población «intocable» de trabajadores informales parecen exigir el uso de categorías más cercanas a las de un sistema de castas que al de clases. Esta percepción también es sustentada por la coexistencia de niveles elevados de desigualdad con prejuicios raciales.

Quizás la mejor razón para no usar el lenguaje del análisis de clase es que, en la era de posguerra y en los países de la OCDE, ese tipo de discusiones está asociado al poder que se ejerce de un modo oculto y no violento. En América Latina la desigualdad está sustentada por niveles de violencia que evocan el espíri-

tu del siglo XIX. Es una desigualdad que sólo puede ser entendida por el correr recurrente de sangre.

El futuro ya no es lo que era⁵

Al comenzar este análisis citamos la trilogía de Marshall sobre los derechos civiles, políticos y sociales y señalamos que íbamos a concentrarnos en estos últimos. En el siglo XXI, sin embargo, es imposible negar la importancia de los derechos políticos y las consecuencias que puede tener restringirlos. Con relación a los derechos civiles, algunos analistas se centran en lo que O'Donnell llama «el oscurecimiento de la sociedad» («the browning of society») y en las consecuencias que la debilidad de las instituciones legales provoca en todos los aspectos de la vida. No obstante, y a la luz de la desigualdad generalizada que

existe en América Latina, se hace difícil imaginar cómo podrían ser implementados los derechos civiles y políticos de un modo realista sin abordar primero algunas de sus contrapartes sociales. El problema que enfrenta todo dirigente político en América Latina es que los derechos civiles no pueden ser implementados sin una democracia que los demande y sin un sistema judicial que los resguarde. Y la paradoja en ese continente consiste en su necesidad de construir simultáneamente cuerpos de derechos que, con frecuencia, terminan por contradecirse entre sí.

Antes de considerar las opciones a futuro, quienes estudian a América Latina deben preguntarse por qué la desigualdad es tan generalizada en este continente.

5. Frase citada por el residente de una villa miseria de Buenos Aires (Auyero, p.15).



Uno incluso podría decir que la desigualdad es la constante esencial y definitoria de la región. La desigualdad se respira en cualquier parte de América Latina. Es más, el poder de penetración de la desigualdad con frecuencia vuelve insensibles a quienes habitan y estudian ese continente, y la injusticia se torna tan común que la idea de un mundo sin ella se hace imposible. Uno tiene la tentación de señalar la simple reproducción histórica como la causa principal. Y aun así, a diferencia de los casos de la Sudáfrica del *apartheid*, previa a 1994, o del sistema norteamericano de segregación, que se daba en el sur con las leyes Jim Crow, aquí no hay instituciones formales a las que se pueda apuntar como responsables directas de la situación y contra las que se pueda luchar. De este modo, las sociedades latinoamericanas pueden parecer paradigmas del clásico dilema liberal por el que la ausencia de restricciones formales a la libertad termina por constreñir la libertad de elección individual. No obstante, hechos como el ascenso de Lula, desde la pobreza hasta la presidencia de Brasil, también muestran que la movilidad social es posible.

Hemos podido apreciar la inexistencia de esquemas teóricos coherentes que aborden la desigualdad en la región y, en gran medida, atribuimos esta deficiencia a la carencia de un conjunto sistemático de datos. Este hecho ha retardado los esfuerzos para analizar mejor las causas y las consecuencias de la pobreza y de la desigualdad, ya que las metodologías y las definiciones de conceptos básicos varían de país en país, de ciudad en ciudad y también según la investigación. Un problema fundamental que hemos tenido al analizar las relaciones expuestas anteriormente han sido las limitaciones en los datos de alcance nacional. Por ejemplo, si existiera una comparación que considere la información provincial y las atribuciones de los gobiernos locales, se podría apreciar mejor el rol del Estado en promover o combatir la desigualdad. Para determinar los efectos cotidianos de las estructuras sociales en América Latina es necesario realizar un esfuerzo de trabajo a nivel de los hogares en todos los países de la región, y esto sólo puede lograrse mediante el tipo de levantamientos precisos y detallados que se dan por sentados en los países de la OCDE.

Es por eso que consideramos urgente una alianza de intereses entre la comunidad sociológica interesada en la estratificación y los académicos latinoamericanos preocupados por impulsar una estrategia regional de desarrollo, alianza que debe incluir la obtención anual de muestras significativas de datos a nivel de hogares e individuos. Sólo con un instrumento de esta naturaleza podemos comenzar a mapear las condiciones del continente con el tipo de precisión exigida para estos estudios. Este tema no es puramente académico. Sin este análisis resulta imposible determinar hasta qué punto la injusticia que reina en el con-

tinente emerge de la cultura, de la historia o de la economía política. Sin respuestas claras, cualquier esperanza de solucionar estos problemas está condenada al fracaso.

Con respecto a los marcos teóricos, para explicar los patrones de desigualdad de América Latina necesitamos identificar los factores que cumplen dos condiciones: primero, en ese aspecto específico, América Latina debe presentar cierta excepcionalidad en comparación a otras regiones del mundo; segundo, en función del criterio empleado, deberíamos poder encontrar una correlación positiva dentro del continente entre el nivel en que los países son clasificados, y sus respectivos niveles de desigualdad. A partir de dicho análisis, son tres las opciones que emergen:

– Primero, debemos reconocer el excepcionalmente largo pasado colonial de América Latina y su posterior desarrollo como parte de un sistema global, pero también debemos estar precavidos ante el hábito adictivo de los latinoamericanos de echar siempre la culpa a alguien más. La posición de dependencia estructural que tiene el continente respecto al mercado global ha tenido consecuencias importantes en la distribución de bienes y de poder. Esto es cierto aún hoy, en la medida en que las presiones y demandas que los prestamistas, las organizaciones financieras internacionales y el capital global ejercen sobre América Latina hacen difícil hasta el mantener condiciones mínimas de bienestar.

¿Hasta qué punto las diferencias en los niveles de desigualdad dentro del continente pueden ser explicadas por la dependencia externa? Este tema ha sido relegado con demasiada frecuencia a la simple polémica, en el peor de los casos, o cuanto mucho a historias de caso. Por ejemplo, la evidencia muestra que Costa Rica logró un desarrollo más igualitario tras haber evitado convertirse en productora exclusiva de un solo artículo de exportación (Mahoney; Paige). Por otro lado, Argentina y Uruguay fueron miembros activos del mercado mundial y, al mismo tiempo, desarrollaron las más extensas clases medias de América Latina. Lo que se necesita son mediciones concretas de las posiciones estructurales en diferentes momentos, que faciliten un cálculo sistemático de los efectos que ellas acarrearán sobre el desarrollo posterior. Es preciso reconocer y analizar más ampliamente las consecuencias de la apertura a los mercados de capital y del aumento de la dependencia respecto al capital financiero internacional, para determinar cómo esto ha limitado la acción de los Estados.

Dentro del sistema global internacional, América Latina ha sido capaz de mantener una estructura social prácticamente premoderna

Una estrategia similar debe ser implementada para comparar los destinos de América Latina y de otras regiones del mundo durante el último cuarto del siglo xx. Efectivamente, se necesita analizar mejor hasta qué punto las políticas neoliberales han empeorado los niveles de desigualdad. Una vez más, hay argumentos teóricos y evidencia empírica en ambos sentidos. Debemos preguntarnos si la implementación de estas políticas ha producido un mayor crecimiento de la desigualdad en América Latina que en otras regiones. También debemos precisar mejor las diferencias entre las diversas políticas neoliberales (p. ej., la privatización respecto a la apertura de mercados) con el fin de medir los distintos efectos de las políticas dentro del continente. Igualmente, será necesario diferenciar a los ganadores sociales de los perdedores. No hay duda que algunos sectores sociales se han beneficiado con la adopción de medidas neoliberales, mientras que otros han pagado un precio muy elevado por ellas. Estos efectos deben ser cuantificados para obtener alguna medición, así sea utilitaria, de las consecuencias generales de las nuevas políticas.

– Dentro del sistema global internacional, América Latina ha sido capaz de mantener una estructura social prácticamente premoderna, con una casta extremadamente rica en la cúspide y una mayoría numérica de marginados en la base. Esta forma interna de colonialismo es el segundo componente crítico en la explicación de la desigualdad en América Latina. En este aspecto, necesitamos más y mejores estudios del significado relativo de raza, clase y género y sus interacciones con la desigualdad en general. A pesar de que las diferenciaciones y jerarquías étnicas no son exclusivas de América Latina, creemos que este continente se caracteriza por contar con un sistema de prejuicios raciales particularmente uniforme y elástico, que ha contribuido a moldear las distinciones de clase. Como mencionamos arriba, el término casta puede resultar muy aplicable a este continente. Esto, combinado con el sistema hereditario de tenencia de la tierra proveniente de la Conquista, ha establecido límites jerárquicos superpuestos que hacen prácticamente impensable cualquier tipo de movilidad social. Como Mahoney lo percibe en un trabajo reciente, la relación entre desigualdad y composición étnica también es considerablemente fuerte dentro del continente.

La sola magnitud de las desigualdades hace que el tipo de finas diferenciaciones asociadas a los estudios clásicos de estratificación en EEUU no se presenten ni como aconsejables ni muy atractivos. En lugar de buscar alguna jerarquía causal, sostenemos que existe, por lo mínimo, una interacción clara y aditiva entre raza, género, clase y región. En suma, ser negra, mujer, desempleada y vivir en el Nordeste de Brasil equivale a estar atascado en tantas trampas estructurales que escapar es prácticamente imposible.

– Como tercer factor, sugerimos que existe una correlación negativa entre la capacidad estatal y la desigualdad, cuya dirección causal fluye en ambos sentidos. Allí donde la autoridad política y los sistemas burocráticos se encuentran mejor establecidos, será mayor la capacidad de presión de quienes están en la base para lograr bienestar social. A pesar de su reputación de «leviatanes», los Estados latinoamericanos tienen en los hechos una capacidad de acción bastante limitada. Las últimas elecciones en Brasil y en Ecuador ayudan a demostrar hasta qué punto los grupos políticos comprometidos en lograr una mayor equidad social pueden usar los instrumentos políticos disponibles para mejorar la situación. ¿Puede considerarse accidental, por ejemplo, que aparte de México y de Cuba (y Chile y Perú, a medias), América Latina todavía tenga que emprender la masiva redistribución agraria vista en otras partes del mundo con similar nivel de desarrollo? Una vez más, hay al parecer una relación significativa entre el poder institucional de la autoridad política y la desigualdad en todos los países del continente. Creemos que las peculiares características de las instituciones latinoamericanas pueden estar también relacionadas con la ausencia de un Estado capaz de, o al menos dispuesto a encarar, las disfunciones sociales. Puede ser que ya no esté de moda depender de un Estado, pero se hace difícil imaginar cómo puede lograrse cambiar una sociedad y eliminar las barreras que obstaculizan el ejercicio pleno de la ciudadanía, sin poder político. El Estado norteamericano dio derechos a los trabajadores, eliminó la segregación, construyó caminos y se ocupó del bienestar de la tercera edad. La carencia de algo similar en América Latina ha hecho posible la existencia de un mercado hobbesiano que brutaliza, acorta y malogra demasiadas vidas.

La informalidad en la economía también está relacionada con la noción de la capacidad estatal⁶. En algunos países, el sector informal puede llegar a representar la mitad de la PEA. En estos casos, las variaciones de los niveles salariales en cualquier dirección pueden tener muy poca influencia sobre la calidad de vida de la población en su conjunto. En ausencia del Estado, la economía informal representa una fuente permanente de miserables y marginalizados; los ricos pueden mantener sus prerrogativas mediante el ejercicio de la violencia. La cruda imposición del poder que caracteriza a las relaciones desiguales por lo general es ignorada en los estudios de la desigualdad en los países desarrollados, tal como se mencionó antes. En América Latina, el poder tiene una presencia clara y no se oculta detrás de las paredes institucionales. El poder se deja sentir en la matanza de disidentes, el asesinato de dirigentes sindicales y la

6. Lo que sugerimos es la relación opuesta a la que propuso DeSoto. Para él, el Estado omnipresente empuja a la gente hacia la informalidad; para nosotros, las dimensiones de ese sector pueden deberse a la ineficacia estatal.

eliminación de los pillos callejeros. En la actualidad, también puede apreciarse lo en las permanentes amenazas de retirar recursos financieros para llevarlos a paraísos fiscales. Este tipo de poder ni siquiera necesita ser ejercido. Es la amenaza de violencia o de retirada la que por lo general hace inviables muchas políticas. La clave de la política latinoamericana al parecer es «no asustar a la derecha». Mientras aquellas fuerzas que se benefician del desequilibrio social mantengan este veto, la desigualdad seguirá siendo generalizada.

Bibliografía

- Altimir, Óscar: «Cambios de la desigualdad y la pobreza en la América Latina» en *El Trimestre Económico* N° 61 (241), 1-3/1994, pp. 85-133.
- Altimir, Óscar: «Desigualdad, empleo y pobreza en América Latina: efectos del ajuste y del cambio en el estilo de desarrollo» en *Desarrollo Económico* N° 31 (145), 4-6/1997, pp. 3-30.
- Arrossi, Silvina: «Inequality and Health in the Metropolitan Area of Buenos Aires» en *Environment and Urbanization* N° 8 (2), octubre de 1996, pp. 43-70.
- Auyero, Javier: *Poor People's Politics: Peronist Survival Networks and the Legacy of Evita*, Duke University Press, Durham, 2000.
- Barillas, Edgar et al.: «Formación nacional y realidad étnica en Guatemala» en *América Indígena* N° 49 (1), 1-3/1989, pp. 101-129.
- Berry, Albert (ed.): *Poverty, Economic Reform, and Income Distribution in Latin America*, Lynne Rienner, Boulder, 1998.
- Birdsall, Nancy y Carol Graham: *New Markets, New Opportunities?: Economic and Social Mobility in a Changing World*, Brookings Institution Press, Washington, D.C., 2000.
- Birdsall, Nancy y Juan Luis Londoño: *Asset Inequality Does Matter: Lessons from Latin America*, OCE Working Paper N° 344, Inter-American Development Bank, Washington, D.C., 1997.
- Bracho, Teresa: «Distribución y desigualdad educativa en México» en *Estudios Sociológicos* N° 13 (37), 2-4/1995, pp. 25-53.
- Caldeira, Teresa P.R.: «Fortified Enclaves: The New Urban Segregation» en *Public Culture* N° 8 (2), invierno de 1996, pp. 303-328.
- Cardoso, Eliana y Ann Helwegge: «Below the Line: Poverty in Latin America» en *World Development* N° 20, 1, 1992, pp. 19-37.
- Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto: *Dependency and Development in Latin America*, University of California Press, Berkeley, 1978.
- Centeno, Miguel: *Blood and Debt: War and the Nation-State in Latin America*, University Park, PA, Penn State University Press, 2002.
- Centeno, Miguel y Mauricio Font (eds.): *Toward a New Cuba?: Legacies of a Revolution*, Lynne Rienner, Boulder, CO, 1997.
- Cetrangolo, Oscar: «Structural Adjustment and Public-Sector Pay in Argentina, 1975-1991» en *Studies in Development Economics* N° 8, 1997, pp. 135-158.
- Chalmers, Douglas, Carlos Vilas, Katherine Hite, Scott Martin, Kerianne Piester y Monique Segarra (eds.): *The New Politics of Inequality in Latin America: Rethinking Participation and Representation*, Oxford University Press, Nueva York.
- Colburn, Forrest D.: «Inequality in Latin America» en *Dissent* N° 46 (3), verano de 1999, pp. 26-29.
- Cortés, Fernando: «El ingreso de los hogares en contextos de crisis, ajuste y estabilización: un análisis de su distribución en México, 1977-1992» en *Estudios Sociológicos* N° 13 (37), 2-4/1995, pp. 91-108.
- Cortés Conde, Roberto: «Cambios estructurales y clases sociales en la crisis política argentina» en *Foro Internacional* N° 5 (17), 7-9/1964, pp. 27-37.
- Deiningner, Klaus y Lyn Squire: «A New Data Set Measuring Income Inequality».
- DeSilva, F.C.: «Chile: la incorporación de la mujer al mercado del trabajo. ¿Panacea del crecimiento económico?» en *Estudios Latinoamericanos* N° 5 (9), 1998, pp. 163-181.

- Dollfus, Oliver: «Des paysanneries minoritaires» en *Études Rurales* N° 81-82, 1-6/1981, pp. 5-24.
- Fields, Gary S.: «Changing Poverty and Inequality in Latin America» en *Public Finance* 47 Supplement, 1992, pp. 59-76.
- Figueroa, Adolfo: «The Distributive Issue in Latin America» en *International Social Science Journal* N° 48 (2), junio de 1996, pp. 231-244.
- Foweraker, Joe: «Capital, Power and Inequality in Latin America» en *Journal of Latin American Studies* N° 29 (3), octubre de 1997, pp. 788-789.
- Franco, Rolando y Armando Di Filippo: «Globalización, integración regional y equidad social en América Latina» en *Revista Paraguaya de Sociología* N° 35 (101), 1-4/1998, pp. 7-20.
- Gafar, John: «Poverty, Income Growth and Inequality in Some Caribbean Countries» en *The Journal of Developing Areas* N° 32 (4), verano de 1998, pp. 467-490.
- Gereffi, Gary y S. Fonda: «Regional Paths of Development» en *Annual Review of Sociology* N° 18, 1992, pp. 419-448.
- Glewwe, Paul y Gillette Hall: *Poverty and Inequality During Unorthodox Adjustment: The Case of Peru, 1985-1990*, The World Bank, Washington, D.C., 1992.
- Goldfrank, Walter L.: «Global Restructuring, Employment and Social Inequality in Urban Latin America» en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* N° 41 (2), verano de 1999, pp. 146-149.
- González Casanova, Pablo: *Democracy in Mexico*, Oxford University Press, Nueva York, 1970.
- Grün, Roberto: «A Classe Meia no Mundo do Neoliberalismo» en *Tempo Social* N° 10 (1), mayo 1998, pp. 143-163.
- Izurieta Alejandro y Rob Vos: «Ajuste estructural y costo social en la América Latina: ¿qué nos explican los estudios recientes?» en *El Trimestre Económico* N° 61 (241), 1-3/1994, pp. 27-84.
- Kaminsky, Graciela L. y Alfredo Pereira: «The Debt Crisis: Lessons of the 1980's for the 1990's» en *Journal of Development Economics* N° 50 (1), junio de 1996, pp. 1-24.
- Kaufman, Robert: *The Next Challenges for Latin America*, Instituto Juan March, Working Paper N° 108, 1997.
- Keck, Margaret y Kathryn Sikkink: *Activists Beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1998.
- Kessler, Gabriel: «L'Experience de pauperisation de la classe moyenne argentine» en *Cultures et Conflits* N° 35, otoño de 1999, pp. 71-93.
- Korzeniewicz, Roberto Patricio y William C. Smith (eds.): *Latin America in the World Economy*, Praeger, Westport, 1996.
- Korzeniewicz, R.P. y W.C. Smith: «Poverty, Inequality, and Growth in Latin America: Searching for the High Road to Globalization» en *Latin American Research Review* N° 35 (3), 2000, pp. 7-54.
- Kuznets, Simon: *Growth, Population, and Income Distribution: Selected Essays*, Norton, Nueva York, 1979.
- Lam, David y Deborah Levison: «Age, Experience, and Schooling: Decomposing Earnings Inequality in the United States and Brazil» en *Sociological Inquiry* N° 62 (2), primavera de 1992, pp. 220-245.
- Leme, Maria Carolina y Ciro Biderman: «O Mapa das Desigualdades no Estado de São Paulo» en *Novos Estudos Cebrap* N° 49, noviembre de 1997, pp. 181-211.
- Londoño, Juan Luis: *Poverty, Inequality, and Human Capital Development in Latin America, 1950-2025*, The World Bank, Washington, D.C., 1996.
- Lustig, Nora (ed.): *Coping with Austerity: Poverty and Inequality in Latin America*, The Brookings Institution, Washington, D.C., 1995.
- Mahoney, J.: «Path Dependence, Historical Lock-in, and the Legacy of Colonialism in Spanish America» en *American Journal of Sociology*, 2003.
- Mamalakis, Markos J.: «Poverty and Inequality in Latin America: Meso-economic Dimensions of Justice and Entitlements» en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* N° 38 (2-3), verano-otoño 1996, pp. 1-13.
- McVay, Cynthia y Evon Z. Vogt: «Some Contours of Social Class in a Southern Mexican Town» en *Ethnology* N° 27 (1), enero de 1988, pp. 27-44.
- Minujin, Alberto: «Squeezed: The Middle Class in Latin America» en *Environment and Urbanization* N° 7 (2), octubre de 1995, pp. 153-165.
- Morley, Samuel: *Poverty and Inequality in Latin America: The Impact of Adjustment and Recovery in the 1980's*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, MD, 1995.
- O'Donnell, G. y V. Tokman (eds.): *Poverty and Inequality in Latin America*, ND Press, Nôtre Dame, 1998.
- O'Dougherty, Maureen: «The Devalued State and Nation: Neoliberalism and the Moral Economy Discourse of the Brazilian Middle Class, 1986-1994» en *Latin American Perspectives* N° 26, 1(104), enero de 1999, pp. 151-174.

- Oxhorn, Philip: «The Social Foundations of Latin America's Recurrent Populism: Problems of Popular Sector Class Formation and Collective Action» en *Journal of Historical Sociology* N° 11 (2), junio de 1998, pp. 212-246.
- Paes de Barros, Ricardo y Rosane Mendonça: «O Impacto do Crescimento Economico e de Reduções no Grau de Desigualdade sobre a Pobreza» en *Novos Estudos Cebrap* N° 51, julio de 1998, pp. 107-122.
- Paige, Jeffery M.: *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America*, Harvard University Press, Cambridge, 1997.
- Pastor Jr., Manuel y Gary A. Dymksi: «Debt Crisis and Class Conflict in Latin America» en *Capital and Class* N° 43, primavera de 1991, pp. 203-231.
- Portes, Alejandro: «Latin American Class Structure: Their Composition and Change during the Last Decades» en *Latin American Research Review* N° 20 (3), 1985, pp. 7-39.
- Portes, Alejandro y Kelly Hoffman: «Latin American Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era» en *LARR*, 2003.
- Psacharopoulos, George et al.: «Poverty and Income Inequality in Latin America during the 1980's» en *Review of Income Wealth* N° 41 (3), 1995, pp. 245-264.
- Ramos, Joseph R.: «Poverty and Inequality in Latin America: A Neostructural Perspective» en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 1996, pp. 141-157.
- Reynolds, Lloyd G.: «Some Sources of Income Inequality in Latin America» en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* N° 38 (2-3), verano-otoño 1996, pp. 39-46.
- Richards, Donald G.: «Inflation, Unemployment and Distributional Conflict in Argentina, 1984-1990» en *The Journal of Development Studies* N° 34 (2), diciembre de 1997, pp. 156-172.
- Robinson, Robert V.: «Reproducing Class Relations in Industrial Capitalism» en *American Sociological Review* N° 49 (2), abril de 1984, pp. 182-196.
- Rosenthal, Gert: «On Poverty and Inequality in Latin America» en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* N° 38 (2-3), Verano-otoño 1996, pp. 15-37.
- Russell, James W.: «Mexico's Rising Inequality» en *Monthly Review* N° 49 (7), diciembre de 1997, pp. 28-33.
- Scheper-Hughes, Nancy: *Death without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil*, University of California Press, Berkeley, 1992.
- Selowsky, Marcelo: «Income Distribution, Basic Needs and Trade-Offs with Growth: The Case of Semi-Industrialized Latin American Countries» en *World Development* N° 9 (1), enero de 1981, pp. 73-92.
- Sheahan, John: «Effects of Liberalization Programs on Poverty and Inequality: Chile, Mexico, and Peru» en *Latin American Research Review* N° 32 (3), 1997, pp. 7-37.
- Stromquist, Nelly P.: «Literacy and Women in Latin America» en *New Education* N° 12 (2), 1990, pp. 31-39.
- Tejada, Aurelio Alonso: «Cuba: Efectos sociales de la introducción de la lógica del mercado» en *Estudios Latinoamericanos* N° 1 (2), 7-12/1994, pp. 131-141.
- Trejos, Rafael A.: *Ajuste macroeconómico y pobreza rural en América Latina*, Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, San José, 1992.
- Vergara, Pilar: «In Pursuit of 'Growth with Equity': The Limits of Chile's Free-Market Social Reforms» en *International Journal of Health Services* N° 27 (2), 1997, pp. 207-215.
- Ward, Peter: «Reproduction of Social Inequality: Access to Health Services in Mexico City» en *Health Policy and Planning* N° 2 (1), marzo de 1987, pp. 44-57.
- Wood, Charles y José Alberto Magno de Carvalho: *The Demography of Inequality in Brazil*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.